

EL CORREO DE LA MODA.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Revista de Madrid, por don A. F. Grilo.—Flores de mi fantasía (cancion), por doña Josefa Crespo.—La Semiramis del Norte, por doña Angela Grassi.—Clemencia [continuación], por doña Joaquina G. Balmaseda.—Teatros, por don Diego de Rivera.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINAS: *Figurines*, núms. 767 y 767, bis.

REVISTA DE MADRID.



HOY concluye el primer sueño del año 1865, que en breve quedará aletargado con una horrible pesadilla.

El primer sueño de los años es el mes de Enero: la pesadilla el Carnaval.

Llegan ciertos momentos en que el hombre quiere parecerse á Dios, y trata de crear séres y rostros infinitos sin ninguna semejanza entre sí.

El paraíso ó el mundo donde el hombre espone esta nueva especie de género humano, son los escaparates de las calles de la Montera, Carretas, Cármen, Preciados, y todas las mas cétricas de la coronada Villa.

Volved los ojos á cualquiera de estos escaparates, lectoras mías, y observareis multitud de grupos de carton que con el *Fiat* de los colores y del arte se han hecho hombres.

Aquellas bocas rien, nunca se abren, y sin embargo hablan.

Aquellas ojos no se mueven, y sin embargo nos miran.

Encerradas entre los cristales de aquellas habitaciones de juguetes, están tristes y no desplagan nunca sus labios; pero sacadlas de allí, llevadlas á un baile de máscaras, y vereis que *difícil facilidad* la de sus improvisadas y festivas bromas.

Estos pequeños individuos se llaman *Caretas*.

En la venta de esclavos, que tiene lugar en ciertos países, no comprendemos que cualquier persona abone una cantidad crecida por un rostro negro, cuando aquí por cuatro reales compramos un rostro blanco.

La *Careta* dice siempre todo lo que nosotros queremos decir. Ella conoce á nuestro amigo donde quie-

ra que se lo encuentra, y le repite, llena de júbilo: «Te conozco, te conozco.»

La *Careta* fuma, bebe, ama, llora, miente, y canta.

La *Careta*, en fin, hace todo lo que nosotros hacemos.

Dios cogió un poco de barro y creó al hombre. El hombre cogió un poco de carton y formó la *Careta*.

A pesar de todo las caretas no han podido ser mas que la pantalla de nuestro rostro.

Todavía recordamos que en nuestra revista de Carnaval, publicada el año anterior en EL CORREO DE LA MODA, dijimos á esas elegantes y delicadas mujeres, que se llaman nuestras lectoras, cuanto nos horroriza el traje de máscara.

Hoy lo volvemos á repetir.

En buenhora que se vista de ángel una niña inocente y hermosa; porque así no hace mas que mudar de traje.

En buenhora que las distinguidas jóvenes de de nuestra aristocracia, envuelvan el cielo de su rostro en las nubecillas de seda de un antifaz, y arrebatando las flores de sus jardines, las arrojen en preciosos ramilletes sobre la multitud que acude á contemplarlas en las galerías pintorescas del Prado.

Todo esto es muy bello y muy agradable.

Lo que no podemos admitir, es el abuso, el descaro, la curiosidad, la hipocresía, el escándalo, el vicio de la careta.

El vicio de la careta es el secreto que se descubre, la honra que se hiere, el pudor que se lastima, el enredo que se levanta, la mentira que se forja, la quimografía que cunde.

La perspectiva del Carnaval tiene, á pesar de todo, como las figuras de un estereóscopo, sus lindísimos panoramas.

Un gran baile, una *soirée* escogida, como las que preparan la baronesa de Ortega, duquesa de Medinaceli, duques de la Torre, señores de Carvajal, y otras muchas elevadas familias, son el verdadero paraíso de esa fiesta que preside el dios de la locura.

Como el año en el mes de Febrero es casi un niño, se ríe y se divierte y trata de embromarnos.

En el teatro de Rossini acaso volverán á desesperarse, mis queridas lectoras, las gratas impresiones que recibisteis en los Campos Eliseos en las pasadas noches del Estío.

Los árboles de tan caprichosa Quinta se convertirán en árboles trasplantados del Eden con frutas de luz: es decir, que adornarán sus verdes cabelle- ras con lindísimos vasos de colores.

El aire repartirá, como una maga escondida, por los sitios mas ocultos músicas y cantares.

La juguetera *Ria* volverá á reirse al reproducir en sus cristales la encantadora imágen de las her- mosas.

Los coches de la montaña rusa emprenderán de nuevo sus viajes para el abismo al precio de seis cuartos.

Aquellos horizontes oscuros se vestirán de máscara con dominós de Bengala.

En la plaza del teatro tendrá lugar un curiosí- simo baile de fuegos artificiales, donde las bombas dan- zarán con los cohetes, y las mariposas con los rami- lletes de color.

El baile de máscaras del teatro de Rossini será brillantísimo, y se hacen para él grandes prepara- tivos.

Indudablemente vosotras, amabilísimas lectoras, no dejareis de pasar buenos ratos en las próximas fies- tas de Carnaval.

A. F. GRILO.

LITERATURA.

FLORES DE MI FANTASÍA.

(CANCIÓN.)

¿Qué me importan las noches serenas
Ni la luna que vaga en el cielo,
Que me importa su mágico velo
Tachonado de plata y zafir;

Que me importan las flores del valle,
Que me importa su blando rocío
Ni el murmullo tranquilo del río
Ni de ténida estrella el lucir;

Que me importa del alba el reflejo
Entre nubes de tul y corales,
Ni el torrente que vierte á raudales
Su abundante y sonoro caudal;

Que me importa el morir de la tarde
Ni del sol los lejanos fulgores,
Ni las aves que cantan amores
Del arroyo en el limpio cristal;

Que me importa del céfiro blando
Escuchar el alegre concierto,
Ni del ancho y callado desierto
La palmera gentil admirar;

Si marchitas las flores del alma
Hoy las miro transida de pena,
Si tan solo mi mente está llena
De dolor y de acervo pesar.

JOSEFA CRESPO.

LA SEMÍRAMIS DEL NORTE.

—¡ Vístete con tus mejores galas, Lutgarda, hoy es día para mí de inmenso júbilo, día que ya no espe- raba ver brillar sobre el negro horizonte de mi vida!

Esto decía una mujer joven aun y hermosa, quien delante de un pequeño espejo de Venecia daba la última mano al espléndido atavío que usaban las da- mas de alta alcurnia en el siglo XIII, dirigiéndose á una niña pálida, triste y abatida, que permanecía respetuosamente detrás de ella.

—Sí! repuso la primera sonriendo, soy dichosa, muy dichosa! Le amo tanto! Él es el ídolo, la espe- ranza de mi vida! Le amé desde la infancia; le ama- ré mientras exista!... Oh, cómo se representan á mi imaginación en este supremo instante las escenas del pasado!

Recuerdo cuando llevaron á su padre prisionero, delante de mi padre: Eurilo, el tierno adolescente, juntaba sus manos suplicantes, y pedía gracia para el autor de su existencia! Yo no tenia mas que siete años, y no sé que es lo que sentí en el corazón al es- cuchar su súplica dolorosa... Yo tambien caí á las plantas de mi padre, y le pedí gracia para el triste prisionero!...

El prisionero quedó libre, y desde aquel momen- to el alma de Eurilo se adhirió á la mía, como el in- secto de alas de oro se adhiere al cáliz de la olorosa florecilla!...

Mas tarde aquel fraternal afecto se trocó en amor, y mas tarde aun en luto y desconsuelo!

Mi padre me obligó á casarme con Hakon; con Hakon de alma dura, de voluntad de hierro!... Cuánto sufrimos ambos! Ah, no se muere de dolor, cuando Eurilo y yo no descendimos entonces á la tumba!

Lloras, Lutgarda, mi dulce niña, lloras?...

Estás pálida, trémula!... ¿Es qué las desgracias de la que ha sido para tí casi una madre te conmueven, ó es que tienes celos del amor que á él le profeso?...

¡ Oh, no, Lutgarda, pobre huérfana, no temas! Seré para tí lo que he sido siempre! no reposaré tranquila hasta que no te haya confiado á un esposo tan digno y noble como mi noble Eurilo!... Oh, sí, muy noble, muy generoso, muy amante!... ¿Te acuerdas del día en que llegué de improviso á este castillo, ya viuda y libre, para ofrecerle mi mano!... Te acuerdas como lloraba su padre Magno al estrecharme entre sus brazos, dándome el dulce nombre de hija?... Tú, confiada por mí á la custodia de la difunta mujer de Magno para sustraerte á la saña de mi esposo, enemigo de tu raza, caíste á mis piés, y perdiste casi el sentido, embargada de alegría!... Y él?... Oh, él estaba tan conmovido, tan trémulo y confuso, como lo estás tú ahora!...

La alegría es expansiva: los que son dichosos gustan de hablar, y hablan largamente.

La hermosa solo se interrumpió para correr á la ventana y gritar con júbilo:

—El sol!... el sol!... Mira, Lutgarda, el primer rayo de sol!...

Era en efecto un tibio rayo de sol el que brillaba sobre los altos picachos de los montes: rayo que hubieran hallado pálido los habitantes de otras regiones, pero que en el corazón de la Noruega, en donde tenía lugar esta escena, parecía muy esplendente, porque sucedía á la aurora boreal, que durante muchas semanas consecutivas ilumina su horizonte.

El paisaje sobre el cual venía á derramar sus amortiguados reflejos era severo y magestuoso.

Al pié de la ventana del castillo se agitaban las ondas inquietas y verdosas del Risvand, lago sombrío encajonado entre montes gigantescos, de granito unos y desnudos de follaje, cubiertos los otros de espesos bosques de pinos y de abetos, pero todos ostentando en sus crestas atrevidas una diadema de nieves y de hielos.

Cataratas mugidoras, impetuosos y desbordados torrentes, tristes ecos que resonaban en la concavidad de las múltiples cavernas, y se mezclaban con el graznido lúgubre de las aves acuáticas; nada faltaba allí de lo que pudiese completar la belleza salvaje é imponente de aquel cuadro.

A veces se veía cruzar por entre las matas de un verde oscuro, tan oscuro como el azul del cielo, algún oso blanco fugitivo ó algún gato montés; otras veces era un rebaño de renghiferos, traídos de Laponia, los que un pastor conducía á los feraces pastos, comunicando vida y animación á la agreste escena.

—El primer rayo de sol! repuso la jóven, hoy

hasta la naturaleza se viste de gala para celebrar mi dicha, ¿y tú no te vestes, mi Lutgarda?

Volvióse al decir esto hácia su compañera, y lanzó un grito de júbilo y sorpresa.

Eurilo acababa de entrar en el aposento: era un guerrero de noble apostura, de rostro varonil y bello.

—Margarita! exclamó el guerrero.

Pero su voz al pronunciar este nombre, era triste y angustiada; triste y angustiado era su continente.

Margarita no lo vió!

—Es hora ya? dijo con infantil alborozo, ¿está ya el sacerdote en la capilla? Pronto, pronto, Lutgarda, mi velo, mi corona nupcial!...

Y corrió al espejo para colocar la corona sobre su altiva frente.

¿Pero qué escena reprodujo á sus ojos el pérfido cristal? qué es lo que vió representado en su tersa superficie?

Margarita se puso tan pálida y temblorosa como su compañera, y el velo se escapó de entre sus manos.

Se lanzó fuera del aposento....

¡Ay, qué Margarita había visto bien! ay, qué el amor graba sus promesas sobre espuma, y la espuma se deshace agitada por el viento, ¡ay qué es como las hojas de los árboles, que se renuevan á cada primavera!

Eurilo había cogido con desesperada angustia la mano de Lutgarda; Eurilo la volvió á coger cuando estuvieron solos.

—Venía á decirselo: no he tenido valor! murmuró con voz sorda; pero este sacrificio es superior á mis fuerzas!...

—Cumplamos nuestro deber, y muramos si es preciso! exclamó Lutgarda bañada en llanto. Ella salvó en otro tiempo la vida á tu padre, ella bajaba todos los días al hórrido calabozo en donde gemía el mío, y endulzó su postrer instante, jurándole que me serviría de madre!... Muramos si es preciso, Eurilo, pero que ella sea dichosa!...

La puerta se agitó violentamente.

¿Es qué estaba escuchando Margarita?

Pero no; la hermosa desposada entró casi al instante, pálida aun, pero serena y tranquila.

Cogió de la mano á los dos jóvenes, y los arrastró consigo á la capilla.

La capilla de Risvand ofrecía toda la severa magestad de un templo luterano. En su centro se agrupaban las damas y caballeros que habían venido á presenciar la augusta ceremonia, y sentado en una poltrona de cuero se veía al padre octogenario de Eurilo, ciego y paralítico.

Margarita, arrastrando en pos de sí á los dos jóvenes, llegó hasta él.

—¡ Magno , exclamó con tono solemne, al salvar-
te la vida me juraste suscribir á todos mis deseos!
Reclamó ahora aquella promesa sagrada... ¿Juras
aprobar cuanto yo haga en este instante?

Lo juro ! respondió el anciano.

Un estremecimiento convulsivo agitó todos los
miembros de Margarita ; sus ojos despidieron un bri-
llo siniestro, pero aquel brillo se estinguió rápida-
mente, como nace y se estingue el rayo que ilumina
el universo.

Arrancóse la corona nupcial, la puso en las sien-
es de Lutgarda, y arrojando á ésta en los brazos de
Eurilo, dijo con voz firme y segura :

—Hé ahí á tu esposa !

Elevóse en el templo un grito de general estupor.

—Silencio, silencio todos ! volvió á decir Marga-
rita, que empieze la ceremonia !

Su voz era enérgica , su ademan altivo é impo-
nente.

La ceremonia empezó en efecto ; pero apenas se
hubo concluido, cuando se oyó á lo lejos el galope
de muchos caballos, y pocos instantes despues se
precipitaron en el templo varios caballeros cubiertos
de polvo y de sudor.

—Viuda de Hakon VIII ! gritó uno de ellos, diri-
jiendose á Margarita, el voto de los Noruegos te elije
por su reina !... Ven, las calles de Christianía están
cubiertas de flores ; ven, que ya los murmullos del
pueblo te aclaman con impaciencia !

Margarita irguió su noble frente.

—¡ Ah ! exclamó con entusiasmo, aun me queda
algo que hacer en la vida, aun puedo hacer felices!..

Depositó un beso en la mejilla de Lutgarda, abra-
zó á Eurilo y á Magno...

Partió !

Margarita cumplió su promesa. La hija y heredera
de Valdemaro III, rey de Dinamarca ; la ilustre
viuda de Hakon VIII, rey de Noruega, la que habia
sabido vencerse á sí misma renunciando heróicamen-
te á su nupcial corona, alcanzó tambien el cetro de
la Suecia, y ciñó á sus sienas la triple corona de la
Escandinavia !

Su reinado fué un reinado de gloria ; prospera-
ron las letras, tomaron incremento las artes y la in-
dustria, y adquirieron las armas nuevo brillo : la
historia llama á Margarita la *Semiramis del Norte* :
los Escandinavos la dan todavía el dulce título de
madre !

Margarita no se volvió á casar : Eurilo no tuvo
otro sucesor en su corazon que el pueblo, á quien
supo hacer tan grande y tan dichoso !

ANGELA GRASSI.

CLEMENCIA.

Continuacion.

Clemencia admiraba con transporte los progresos
de su propio talento, cultivándole mas y mas, no
tanto por los triunfos que conseguir pudiera, como
por profundizar el arte. Cantar con su maestra en
presencia de su padre ; hé aquí toda su ambicion ! El
dia en que Laura le anunció que la llamaba á Lóndres
una contrata ventajosa, la jóven tuvo un verdadero
pesar, el que trató de mitigar su amiga, instándola
para que con ella diese un concierto en obsequio de
los pobres. ¡ Qué noche para monsieur Ogé ! ¡ Cuán
orgullosa estaba aquel pobre padre, y como conmo-
vian su corazon las palmadas del auditorio !

Por fin llegó el dia en que profesora y discípula
tuvieron que separarse.

—Hasta la vista, hija mia, exclamó Laura depo-
sitando en la frente de Clemencia un último beso : no
sé cuándo ni dónde, pero tengo la seguridad de que
un dia nos veremos ; si yo pudiera leer en el porve-
nir os daría una cita para el teatro italiano, en París ;
pero quién sabe si ya tendré en él mi puesto, ó si
otras artistas de mérito mayor.... acaso mañana vos
misma me reemplazareis.

La emocion que sentía Clemencia no le permitió
comprender estas últimas palabras, que su padre se
guardó bien de explicarle : despues de haber formado
él mismo el talento de su hija, abrigaba un temor in-
vencible de que la aficion que él mismo sintió hacía
el teatro se desarrollase en su hija, y para distraerla
de semejantes pensamientos, si acaso los abrigaba,
llamó su atencion sobre la misteriosa tristeza que
manifestó Laura Monti al despedirse.

Un año corrió : año no menos brillante para Cle-
mencia que los anteriores, y en el cual avanzó en el
camino de la vida como por una senda alfombrada de
flores, que no tenia ni tiempo de bajarse á recoger.
Clemencia disfrutaba de la benevolencia universal,
con el candor con que goza una niña : el mismo pla-
cer encontraba al escuchar una galantería de un jó-
ven que de un anciano : para todos tenia la misma
dulzura, la misma sonrisa. ¡ Dichosa tranquilidad que
no siempre sabe conservar el alma ! En la cándida in-
diferencia de una jóven se revela la dulce tranquili-
dad de un corazon que no ha combatido ningun dol-
or, ningun desengaño.

El padre de Clemencia, en medio de tantas satis-
facciones, abrigaba un secreto pesar : queria casar
á su hija. Un presentimiento inesplicable le impa-
cientaba : ¡ pero donde encontrar un hombre que la
mereciera ! En cuantos se fijaba eran indignos de re-
cibir semejante tesoro. Por otra parte, unos tímidos

en demasía , otros en extremo exigentes respecto de intereses , no osaban acercarse á Clemencia , que no ostentaba mas dote que su talento y su virtud. Este rumor se encargaban de divulgarle todas las madres , que miraban con enojo el valor de Clemencia , añadiendo que solo un Príncipe de *Las Mil y Una noches* ó un loco podría ser su marido. ¿ Se presentaría alguno de los dos ? Difícilmente.

Mr. Ogé estaba muy lejos de apreciar así la cuestión , y la dificultad , según él , no consistía en la falta de pretendiente para su hija , sino en que no habría ninguno que la mereciera .

En este estado las cosas , una desgracia imprevista vino á turbar la tranquilidad de la familia Ogé. Al día siguiente de una espléndida comida , en la cual , el Administrador se había mostrado pródigo de entusiasmo y de apetito , tuvo que guardar cama , viéndose obligado á abandonar la para asistir á otra comida que daba el Alcalde , y á la cual no se creyó dispensado de asistir. En ella notaron que Mr. Ogé había comido y bebido con poco gusto , alarmándose Clemencia del comedimiento de su padre.

Aquella misma noche la joven inquieta se dirigió silenciosamente á la alcoba de su padre por ver si dormía : éste la llamó al aperebirla , la hizo sentar á su lado , la colmó de caricias y la aseguró que se sentía muy mal , á cuyas palabras Clemencia , anegada en lágrimas , corrió á despertar á su madre.

Dos días despues el Administrador de la aduana de C... había muerto.

II.

Los dos hermanos.

Mad. Ogé comprendió á primera vista la estension de su desgracia y el valor de la pérdida que ella y sus hijos acababan de sufrir. Acostumbrada á ver siempre á su marido delicado , había acabado por no preveer mayor peligro , y su muerte fué una impresion tan inesperada que necesitó todo el vigor de su naturaleza para no sucumbir. Apoyada en el cariño de sus hijos , y muy particularmente en el que profesaba á Augusto , trató poco á poco de mitigar su dolor.

El de Clemencia no fué menos profundo : su amargura se exhaló en abundantes lágrimas , y pasada la primera impresion procuró guardar sus pesares en el fondo de su alma y conservarlos en ella eternamente. Ni un instante reflexionó que al perder á su padre perdía su único protector , su mejor amigo , en el cual se fundaba su porvenir y su fortuna : le lloró tan solo porque le amaba.

¿ Qué de incidentes dolorosos siguieron á aquella desgracia ! Preciso fué dejar los magníficos salones de la Administracion para ocupar una casita humil-

de en un extremo de la ciudad : preciso fué ir empaquetando uno á uno todos sus preciosos muebles , que parecían ir á ocultar su dolor al ver que había terminado su brillante época. Hasta el piano se creyó no podría colocarse en la nueva casa , y Clemencia propuso venderle y comprar otro mas reducido , á lo cual su madre se opuso , y ambas lloraron ante este incidente , separándose en breve su madre de los brazos de Clemencia en busca de su querido Augusto , porque consuela mas el llanto que se vierte en el seno del sér mas querido.

Mad. Ogé , fiel al sistema de su marido , trató de salvar las apariencias , y no reveló ni aun á su hija la humilde fortuna á que se veían reducidos. Gastó en los lutos cuanto fué necesario , conservó su criada , mas que por lo necesaria que le fuese , porque sabida era su condicion hacendosa , por el bien parecer ; y de este modo todos sus amigos no pudieron menos de exclamar :

—Indudablemente esta familia tiene bienes de fortuna , puesto que no altera su vida y sus costumbres.

Su desgracia incitó la simpatía de todo el mundo : la mujer del Alcalde les hizo tres visitas en un mes , y el Alcalde mismo les prodigó amables ofrecimientos.

—¡ Pobre niña ! murmuraba éste contemplando á Clemencia , de qué le sirve ahora ser hermosa y saber cantar ! ¿ No valdría mas que supiese coser ?

Y se despedía de ellos ofreciéndoles de nuevo su amistad y su apoyo , especialmente para el pequeño Augusto.

El exajerado cariño que Mad. Ogé profesaba á su hijo , no la llevó hasta imponer á Clemencia una posicion menos grata en la casa materna que la que había disfrutado. Lejos de proponer á su hija trabajos á que no estaba acostumbrada , la instaba á continuar sus estudios de lectura , música y bordado , esclamando conmovida :

—Respetemos la voluntad de tu padre. Tu talento formaba su alegría , y toda su ambicion se cifraba en que llegases á ser una cantante de primer orden : procura cumplir sus deseos , y aunque yo no sé para qué te podrían servir semejantes estudios , nos basta que tal fuera su voluntad. Ambas se abrazaban entonces vertiendo abundante llanto , y podría decirse que Mad. Ogé halló en su dolor el primer sentimiento de amor maternal para su hija. En tales momentos la contemplaba con cariño , murmurando :

—Cómo te pareces á él !

Y añadía con amargura :

—Y mi pobre Augusto , qué no se le parece !

Estas palabras pesaban sobre el corazón de la joven , que acababa de dilatarse con expansion ante aquella muestra rara de amor maternal. Entonces hizo alguna reflexion dolorosa , pero lejos de darse

por sentida, se sometió con mas abnegacion que nunca á todos los caprichos de su hermano.

Augusto continuaba asistiendo al colegio, y merced á su natural pereza, habia adquirido la costumbre de no trabajar mas que secundado por su hermana, ó mas bien de hacerla estudiar por él. Clemencia, pues, tuvo que volver á repasar el griego y el latin, recitando todas las lecciones de su hermano, aprendiéndolas por él, y creyéndose recompensada con una mirada cariñosa de su madre. Sin embargo, semejante sistema de educacion debia tener un resultado funesto, y los malos instintos del niño crecieron en efecto con mas libertad.

Fuerza es decir que abandonado á sí mismo hubiese aprovechado menos aun las lecciones de sus profesores: Clemencia se las analizaba, se las esplícaba con mas sencillez, y á él no le faltaba comprension.... pero era perezoso, distraido, tenia en fin todos los defectos de un niño mimado.

Vanidoso hasta el exceso, se indignaba ante la idea de no ser el primero de la clase, y al acercarse los exámenes el deseo de brillar excitaba su aplicacion. Clemencia, con su tacto especial, resolvió sacar partido de este defecto, asociando á sus lecciones domésticas uno de sus compañeros. Comunicó el plan á su madre, que le halló escelente, y se convino en que el otro discípulo seria el hijo del Alcalde, del importante y poco simpático personaje que ya conocen nuestras lectoras.

Julio, que tal era el nombre del hijo del Alcalde, tenia dos años mas que Augusto, y formaba á la vez la alegría y la desesperacion de su padre; la alegría, porque era hijo único, porque se le parecia en la parte física y moral, y la desesperacion, porque no habia medio de enseñarle. Era un jóven de un tipo vulgar, de un rostro tostado, de negra y áspera cabellera, y cuyo carácter no era mas agradable que la figura: parecia estar siempre de mal humor, mostraba inclinacion á ejercicios violentos, y cuando le reprendian su indolencia exclamaba: que no tenia necesidad de trabajar, porque su abuela le habia prometido dejarle un millon de reales para él solo, y ademas su padre era muy rico. Esto hacia reir á Mr. Moreau que, reprimiendo su hilaridad, acababa por reñir á Julio, al que pronosticaba que sería siempre un estúpido.

Mr. Moreau aceptó, pues, la proposicion de Clemencia de hacer partícipe á su hijo de las lecciones que daba á su hermano; y como Julio era un émulo fácil de vencer, la jóven pensaba ofrecer á su hermano un estímulo que no hiriese su amor propio. Mad. Ogé añadió que Julio era el mejor camarada de Augusto, que no consentiria que otro niño entrara con tal frecuencia en la casa, y quedó resuelto que Julio Moreau acudiría mañana y tarde á recibir las

lecciones de Clemencia, estrechándose mas y mas los lazos que unian á las dos familias.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

TEATROS.

Para no dejar un sensible vacío en nuestra crónica teatral, interrumpida en la pasada semana, vamos á retrotraer nuestras observaciones á obras y circunstancias que ya han desaparecido, pero de las cuales debe hacerse mérito. Con ellas mezclaremos otras que subsisten y que prometen larga duracion. Al efecto hablaremos primero de las representaciones dramáticas, y despues de las líricas.

VARIETADES que en el presente año cómico está llevando á cabo la difícil empresa de llamar concurrencia á su recinto, poniendo en escena casi siempre producciones muy conocidas del repertorio, ha ofrecido últimamente al público un drama nuevo en cinco actos titulado *El corazon en la mano*. Su autor, D. Enrique Perez Eserich, no debe haber quedado descontento del éxito obtenido, pues fué llamado con aplauso á las tablas. No por eso ha de creerse que la produccion carece de lunares: los tiene visibles tanto en la disposicion de la fábula, como en su forma literaria, incorrecta á no dudarlo. El pensamiento de este drama es de por sí digno de elogio.

Con el noble fin de conmemorar el aniversario de Calderon, verificóse hace bastantes noches, en el coliseo de la ZARZUELA una funcion especial. Laudable fué aquél pero desgraciada ésta. Compúsose de una comedia del inmortal poeta y de una ligera pieza en tono de farsa escrita por el señor Pastorfido.

La comedia á que nos referimos era la colosal creacion *El Alcalde de Zalamea*. Conocido y divulgado su mérito en todo el mundo literario, ni necesitamos decir nada en su loa, ni aumentarían la que goza nuestras desautorizadas palabras. De una circunstancia podríamos tratar sin embargo, á saber: de que dicha obra se representaba refundida por otro distinguido escritor contemporáneo, D. Adelardo Lopez de Ayala; pero como quiera que para realizarlo nos sería preciso establecer un paralelo entre la refundicion y el original, queremos evitar esta minuciosa tarea por el temor de caer en desagrado de nuestras amables lectoras. Lo que no podremos menos de decir será que la ejecucion de *El Alcalde de Zalamea* fué desafortunada por parte de los actores; y que se puso en escena con desaliño y pobreza, impropios de la solemnidad, y extraños al proceder de



Jules Daver

M. Goubaud Est. à Paris

*Éditeur de la M^{me} Robert fils rue de Richelieu 67.
 Concessionnaire d'objets de la M^{me} A. S. Augustin.
 M^{me} de Perrot Petit et C^{ie} N. N. P. Augustin 20.
 Corsets de la M^{me} L. N. Simon, rue J. J. Moreau 203.*

LE MONITEUR DE LA MODE
 Paris, Rue de Richelieu 92.

*Modes d'Alxandrine - Coiffures de Bisterweld.
 Dentelles de Violand frères, rue de Choiseul, 3.
 Sous-pipe avec E. Creusy rue Montmartre 133.
 Rayons de Logrand f. de l'Empereur, J. J. Moreau 203.*

Entered at Stationer's Hall
 LONDON, T. O. Swan Publisher of the Englishman's Domestic Magazine - 238, Strand, W. C.
 MADRID, C. Cortes de la Moda, P. J. de la Pena

la empresa que en casos especiales sabe hacer gastos de consideracion.

La pieza que le siguió se denomina *La chispa eléctrica*. Por su escaso valer teatral y literario; por los chistes y pasajes inconvenientes que en ella campean, creemos que basta con nombrarla. Es cuanto se puede hacer en su obsequio, aunque no dejó de obtener más aplauso que su predecesora la comedia de Calderon.

Favorecido por la reputacion que valió á su autor *La campana de la Almudayna*, se estrenó en la semana que acaba de transcurrir, y en el teatro del PRINCIPAL, un drama, de no comunes pretensiones, titulado *La espada y el laud*. A dos puntos pueden concretarse por hoy nuestras ligeras indicaciones, esto es, á la obra en sí y á su desempeño artístico. Elogiada la primera con entusiasmo en varios periódicos, y vituperado el segundo con extremada dureza, cumple á nuestra lealtad consignar que juzgamos exageradas la alabanza y la censura.—El drama del señor Palou y Coll tiene situaciones interesantes y trozos de versificación levantada y poética. En cambio, muchas de aquellas lo son solamente en gérmen; y, ó carecen del conveniente desenvolvimiento, ó apenas apuntadas se substituyen por otras por no ser necesarias en la fábula; al paso que la forma literaria dista en varios pasajes de la correccion conveniente. La ejecucion de los actores fué desacerutada ¿á qué negarlo? pero sobre no haber sido tan mala como se pondera, debe tenerse en cuenta que quizá el buen deseo y el celo excesivo les arrastraron á dar á la obra una entonacion extremada y por lo tanto desagradable.

El público en su generalidad oyó con gusto el drama, tributándole mesurado aplauso. No así una minoria mas entusiasta que lo hizo con notable calor, sin duda por encontrarse mejor dispuesta á la benevolencia.—El autor de *La espada y el laud* fué llamado á la escena.

En NOVEDADES se ha representado el popular drama del Sr. Eguilaz *La vaquera de la Finojosa*, que fué escrito para la señora Dardalla y el señor Zamora. Diversas noches se ha ejecutado ante una grande concurrencia, mereciendo gran cosecha de palmas, como asimismo dichos jóvenes é inteligentes actores.

Una apuesta en la velada de San Juan se denomina la zarzuela en un acto estrenada últimamente en el coliseo del Cinco. El éxito de esta ligera produccion ha sido satisfactorio, habiendo contribuido no poco á él las circunstancias notables que en ella concurren, pues letra y música corresponden al mismo autor, y además este autor pertenece á la amable mitad del bello sexo. La señorita doña Natividad Rojas es la ilustrada persona á quien se debe esta zarzuela.

Después de dos ó tres meses de espera, meses en que ha estado alterada y tempestuosa la atmósfera del TEATRO REAL, cantóse por fin la estimada ópera de Gounod, *Fausto*. El resultado fué como por necesidad tenia que ser, supuesta una regular ejecucion y una *mise en scene* esmerada y lujosa: la numerosa y escogida sociedad que henchia aquel espléndido recinto no escatimó sus aplausos. El señor Selva salió muy airoso de su empeño en el difícil papel de Mefistófeles; así como lució su maestría musical y su elegancia escénica el señor Mario encargado de representar al protagonista. Bien hicieron tambien sus respectivos papeles de Margarita, Siebel y Valentin las señoras Spezia y Grossi, y el señor Aldighieri, siendo además esta ópera una de las contadas ocasiones en que trabajaron con unidad y precision los coros y la orquesta.—En cuanto á los trajes y decoraciones tambien satisficieron al público: aquellos son decentes, éstas de mérito escénico. Los pintores señores Ferri y Bussato merecieron ser llamados á las tablas.

Después de *Fausto* ha vuelto á reaparecer en la escena la eminente artista señora Lagrange en el poético papel de *Lucia di Lammermoor*. Una salva de aplausos la recibió al salir, y entre aplausos, cada vez mayores, cantó su parte durante toda la funcion. Recobrada de sus dolencias físicas y morales, se ha recobrado tambien su voz como en sus mejores tiempos estaba. De su inteligencia y saber nada pudiéramos decir que de todos no sea conocido.—Saludamos cordialmente á tan excelente cantatriz.

DIEGO DE RIVERA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 767.

FIG. 1.^a DISFRAZ de capricho para niña, al estilo griego.—Falda de crespón blanco con feston y estrellas de oro, justillo verde, chaquetilla de terciopelo grana y gorro verde, todo galoneado de oro. Faja de gasa listada. Calzon ancho, blanco, y botas de color de rosa.

FIG. 2.^a TRAJE DE CALLE PARA SEÑORA.—Vestido redingote de glasé marron claro, adornado de terciopelo del mismo color mas oscuro.

Este traje de hechura enteramente nueva, forma en una sola pieza vestido y abrigo, ajustado y entreabierto por delante. (El patron de este distinguido

traje se le ofreceremos en breve á nuestras suscriptoras.)

El *cuerpo* y la *falda*, á excepcion del paño de adelante, son de una sola pieza; el cuerpo es alto y abierto por delante, cuya abertura queda disimulada entre los adornos, y en el talle lleva un sesgo que, dejando el redingote entreabierto, permite ver un cinturón figurado de terciopelo, al que va cosido el paño de adelante cortado de todo el largo de la falda, y en nesga tan aguda de arriba que no debe formar ningun pliegue: los otros paños, que unidos al de adelante pertenecen al abrigo, tienen 85 centímetros del talle al canto, y los otros van alargando pogrésivamente hasta tener el de la espalda un metro justo: al canto de estos paños va pegado á frunce un volante á la inglesa, que viene á unirse en los costados al paño de adelante completando el largo de la falda. La manga es justa. El adorno consiste en cintas de terciopelo tiradas, que guarnecen el escote y el abrigo figurado alrededor, ocultando las costuras, y otras cintas cruzadas sobre el paño de adelante, bocamanga y hombro: estas últimas son las mismas que se continúan de arriba á abajo de la manga.

Cuello alto, de holandá.

Sombrero de terciopelo negro con encaje blanco en forma de bavolet, abrazado por presillas de terciopelo rosa. Sartas de perlas van encima descendiendo del ala de terciopelo, y por delante le adorna un plegado rosa con esprit del mismo terciopelo y una hilera de perlas que pasa á sujetarse fuera del ala con una joya de nacar. Bidas de cinta color de rosa.

FIG. 2.^a TRAJE DE BAILE PARA SEÑORA.—*Vestido* de tul blanco adornado de encajes, tafetan azul y rosas thé.

Falda, cortada de doble largo del necesario, para que, armada por las dos orillas resulte una falda enteramente doble sin jareton ni bajo al canto: un bullonado de tul con viso de tafetan, y orillado de un *ruche* de encaje á los dos bordes, parte estrecho de la izquierda del talle, baja á guarnecer el canto de la falda y vuelve á morir bajo el mismo: ramos sueltos de rosas thé van sobre el bullonado, y un cordón de las mismas encima todo alrededor.

Cuerpo á lo Enrique III, escotado en punta hácia arriba del centro, y cuadrado de los hombros: un biés estrecho de tafetan azul guarnece el escote, y otros bieses mas estrechos orillados de puntilla los hombros: una camiseta de tul cierra mas alto del escote.

Manga de bullon con una rosa en cada hombro.

Cinturón de tafetan azul con otra rosa en vez de hebilla.

Peinado Imperial con mechones rizados sobre la frente, bandós levantados á los lados y moña de bucles: un biés de terciopelo azul con una rosa thé y dos plumas blancas, completan el tocado.

Este figurin es el que debió repartirse el día 24 y no se hizo por no llegar á tiempo.

Esplicacion del Figurin, núm. 767, bis.

NUM. 1. *Sombrero* de terciopelo malva orillada el ala de cuentas de azabache, con bavolet de encaje blanco sujeto por un terciopelo negro, que se anuda en el centro con caidas, sujetando el lazo un esprit: acompaña por delante al sombrero, un bullonado de crespon malva atravesado con otra hilera de cuentas.

NUM. 2. *Cofa* de tul moteado, adornada por delante de lazadas de terciopelo grana y una rosa: un lazo grana va sobre el fondo: encaje blanco con otro negro encima guarnece el fondo. Bidas de tul.

NUM. 3. *Otra idem* de muselina con encajes, rizados éstos en gruesos cañones por delante, y uniendo otros para bidas un ancho terciopelo azul: dos rosas con follaje van colocadas al lado izquierdo.

NUM. 4. *Gorra* de tul de fondo caido, y bordado de cuentas de azabache, atravesándole por la mitad dos puntillas negras unidas por el pié: un lazo de terciopelo negro adorna la parte superior, y un entredos negro, orillado de puntillas blancas, forma rostrillo y bidas, adornado el primero de escarpelas de terciopelo azul.

NUM. 5. *Prendido* de sociedad, compuesto de trenza de terciopelo negro con rosas por delante, y gran lazo de blonda con caidas por detrás.

NUM. 6. *Gorra* de muselina lisa con fanchon de terciopelo granate guarnecida de blonda, y rostrillo de escarolados de encaje blanco y negro cortado por bieses de terciopelo: otro estrecho sirve de union á los encajes que forman las bidas.

NUM. 7. *Chaqueta* de cachemir adornada de cintas negras de terciopelo, con cuello alto formado por la misma cinta y un valenciennes al pié: dos cintas cubren la costura del hombro y las de la manga; haciéndose la camiseta interior de nansouk, con cinturón de seda azul, para hebilla.

NUM. 8. *Cuello y manga* de muselina con entredos de encaje negro, figurando medallones.

NUM. 9. *Otro idem* de nansouk, bordado.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1865.

IMPRESA DE M. CAMPO-REDONDO.—OLMO, 14.



CORREO DE LA MODA

767 bis

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu, 92.

Lingerie et Parures de la Balayeuse, Pl. Vendôme, 4. - Chapeau d'Alexandrine, r. d'Antin, 14.
 Fleurs de Perrot Petit et C.^{ie} rue N.^{ve} S. Augustin, 20. - Dentelles de Violard frères rue de Choiseul, 3.

Entered at Stationer's hall.

LONDON, S.O. Beeton Publisher of the Englishwoman's Domestic Magazine, 248, Strand, W.C.

MADRID El Correo de la Moda, P. J. de la Pena

ADOM

ADOM